

MARTINA

Desde que yo era un chicuelo Martina me susurraba al oído que los pueblos no mueren, simplemente se hunden sus casas, pero lo hacen para guardar mejor sus secretos. Decía que el tiempo devoraba sus cimientos a fin de que las costumbres durmieran tranquilas hasta que fueran avivadas por las voces estivales de los niños. Martina miraba con cierta reticencia a los niños de ciudad aunque desde la cristalera de la sombrerería le encantaba contemplarlos escarbando en la tierra. A veces fabricando sus propios ungüentos y otras, encontrando utensilios perdidos; aquellos que dejaron atrás los que se fueron.

– Ellos no conocen las estrellas, viven con prisa y siempre me prometen que volverán. Además, aquí los pocos vecinos no tuercen el gesto al verte – alega.

– Eso no es verdad. Algunos vuelven, otros encuentran lugares mejores. Es distinto – respondí.

Así son las ciudades, armas sin tiempo, sin minutos para el cariño que se diluye entre el asfalto. La capital es prisa y locura, y el pueblo es silencio y sosiego. No hay mejor terapia para la depresión, para enhebrar vivencias...

– ¿Tú has tenido una vida plena abuela? – pregunté.

– Dímelo tú, si sigo viviendo en el pueblo desde hace 50 años.

Tu abuelo fue un hombre de boina, hierro y sol, y yo mientras atendía la casa y el taller. La misa de los domingos, el vermut, el dominó o la partida de cartas

con las amigas, eran los mejores aliados, hasta que... me enviudé y solo me dejó su vieja máquina de escribir Olivetti. En aquella época tú llamabas a mi puerta a escondidas pidiendo unas pesetas para gastarlas en golosinas. Te chiflaba pedalear en bicicleta cerca de la hontana. La tabla de lavar, la botella de lejía y el azulete no podían faltar. Mientras apretaba la pastilla de jabón Chimbo para lavar las telas de los nuevos sombreros de temporada, te escabullías bajo los olivos que extendían sus ramas cuajadas de aceitunas. Aunque pronto te alejabas hacia los campos de amapolas y entonces te perdía el rumbo.

– ¿Por qué hablas en pasado? – puntalicé.

– Porque es pasado.

¿Dónde están ahora los paseos hasta la ermita en las noches de verano?

¿Las rosquillas de palo? ¿Y las escuelas? El pueblo ha perdido su esencia.

De costumbre éramos cuatro gatos, sin embargo, al aproximarse agosto se alegraba con la verbena y el paso doble en la plaza mayor. Eso sí, primero era la charanga que nos despertaba a todos cuando abríamos las ventanas de par en par, después el pregón, y por último la limonada o incluso la ruta del vino. Familia, eso era lo que éramos, unión de vecinos y compañeros conjugando el mismo verso. Las niñas se desplegaban cual ejército bajo la tiza de las esparrancas, y los más pequeños se zambullían en la fiesta de la espuma o los hinchables. En las mañanas la tienda no daba ni un respiro y en la noche, sillas enfrentadas en la plazuela, nosotras preparados para tomar el fresco, y parladas bañadas en cotilleos al compás del grillar.

Después de una larga velada, el colchón te inmovilizaba en sus lanosas profundidades.

Las tornas cambiaron con el invierno. Los mozos pronto buscaron refugio en los soportales para disfrutar del último beso y los más ávidos avanzaban rápidamente hacia la ciudad. Los más descerebrados vendieron al demonio sus moradas. Incluso el olmo del corral nos dijo adiós. ¿Quién se iba a hacer ahora cargo de la tierra? De las gallinas, los terneros, los marranos o los chotos.

Pocos sobrevivimos: la chica de Petra, Benancio, Graciela, el estanco, y el taller. Tú sabes mejor que nadie que este negocio acogió varias generaciones, pero desde hace unos años ni una perra entra. Ahora la puerta chirría, y los sombreros y el costurero de mimbre se bañan en polvo. Hay días en que el olor a tela vieja me rasca la garganta. Llevo muchos años detrás de ese mostrador, me niego a perderlo todo.

– La esperanza nunca se pierde abuela, pero me tengo que marchar a por una...– señalé.

– ¡Qué pronto! ¿Volverás a verme para resintonizarme los canales del televisor? – preguntó entristecida.

– Nunca tendré que volver a hacerlo. Anda, levanta del asiento, y dame una escoba. Este taller necesita una buena limpieza. Aquí tienes a la nueva jefa de la sombrerería – contesté.

Porfirina